

¡A!

¡A!

¡A!

**PROYECTO EDITORIAL DE ¡Autonomía! ¡Automatización!,
DISPOSITIVO PARA EL FOMENTO DEL PENSAMIENTO CRÍTICO
CONTEMPORÁNEO EN TEA. TENERIFE ESPACIO DE LAS ARTES**

¡Autonomía! ¡Automatización!

Editado por:

TEA. Tenerife Espacio de las Artes
Avda. de San Sebastián, 10.
38003 S/C de Tenerife.
Islas Canarias
(+34) 922 84 90 90
tea@tenerife.es
teatenerife.es

Equipo editorial

Director editorial

Néstor Delgado

Redactor jefe

Alejandro Castañeda

Coordinadora de las sesiones

Dani Curbelo

Diseño y maquetación

María J. Requena Durán

Fotografía

Uve Navarro

Impresión

Somos Imagen S.L.

© de la edición: TEA. Tenerife Espacio de las Artes

© de las imágenes: sus autores

© de los textos: sus autores

ISBN: 978-84-120486-3-6

Depósito Legal: TF 658-2019

Los autores y editores han intentado recabar en todos los casos información para una correcta citación de las imágenes. En aquellos casos en no fue posible conseguir dicha información y si ésta fuera conocida por el lector, rogamos comunicarlo a los editores para que puedan subsanarlo en futuras ediciones.

CABILDO INSULAR DE TENERIFE

Presidente del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife
Pedro Manuel Martín Domínguez

Consejera Insular del Área de Educación, Juventud, Museos, Cultura y Deporte
Concepción Rivero Rodríguez

Director Insular de Cultura
Leopoldo Santos Elorrieta

TEA TENERIFE ESPACIO DE LAS ARTES

EQUIPO DE TEA TENERIFE ESPACIO DE LAS ARTES

Gerente
Jerónimo Cabrera Romero

Director Artístico
Gilberto González

Asistencia a la Gerencia
María Milagros Afonso Hernández

Conservador Jefe de la Colección
Isidro Hernández Gutiérrez

Departamento de Actividades y Audiovisuales
Emilio Ramal Soriano

Departamento de Educación
Paloma Tudela Caño

Departamento de Producción
Estíbaliz Pérez García

Protocolo y Relaciones Externas
María Marrero Valero

Diseño Gráfico
Cristina Saavedra
Gonzalo Manuel Ruiz Ortega

Área de Registro Colecciones
Vanessa Rosa Serafin (Integra CEE)

Director de Mantenimiento
Ignacio Faura Sánchez

Jefe de Mantenimiento
Francisco Cuadrado Rodríguez

Comunicación
Mayte Méndez Palomares (A.E.G.B.)

Becarias de posgrado
Daniel Arias de laRiva
Estefanía Martínez Bruna
Cristian D. Pérez Jaubert

Centro de Fotografía Isla de Tenerife (CFIT)
Departamento Administrativo CFIT
Rosa Hernández Suárez

Departamento Técnico CFIT
Emilio Prieto Pérez

Área de Registro CFIT
Sara Lima (Integra CEE)

Índice

Introducción	7
---------------------------	----------

<u>Javier Corzo</u>	<u>9</u>
---------------------------	----------

Tenerife Arqueología Cráneo, 2019

¡Aquí!

<u>Javier Corzo</u>	<u>11</u>
---------------------------	-----------

Safari Kudo Adis Abeba, 2019

<u>Pablo Estévez</u>	<u>13</u>
----------------------------	-----------

 What about the hardcore?

 Pensando el turismo, el poder y la transculturación en
 Canarias

<u>Javier Corzo</u>	<u>35</u>
---------------------------	-----------

Safari Kudo Adis Abeba, 2019

<u>José Otero</u>	<u>36</u>
-------------------------	-----------

 ¿Por qué vino griego habiendo vino canario?

 El mecanismo de exotización disfuncional de José Velez

<u>Javier Corzo</u>	<u>47</u>
---------------------------	-----------

Tenerife Museo de Bellas Artes, 2019

<u>Larisa Pérez</u>	<u>49</u>
---------------------------	-----------

 El Museo de la Isla

<u>Javier Corzo</u>	<u>63</u>
---------------------------	-----------

Tenerife Museo de Bellas Artes, 2019

_Roberto Gil Hernández	64
Colonialidad en las vanguardias canarias	
Fantasmas de raza negra en la pintura de Felo Monzón y la obra literaria de Agustín Miranda	
_Javier Corzo	81
<i>Tenerife García Sanabria, 2019</i>	
_José Antonio Ramos Arteaga	83
En la ciudad emboscadas	
_Javier Corzo	97
<i>Tenerife García Sanabria, 2019</i>	
_Conversación entre QueerArtLab y Dani Curbelo	99
La complejidad es el regalo que lo <i>queer</i> lleva a todas partes	
_Javier Corzo	113
<i>Tenerife Miraflores, 2017</i>	
Biografías	114



Este texto de Larisa Pérez Flores fue escrito a raíz de su intervención en el programa de crítica, con la sesión *Causas y razones de las islas desiertas* celebrada el 23 de febrero de 2019 en la Biblioteca de arte de TEA Tenerife Espacio de las Artes, así como de su residencia en Solar. Acción Cultural Sociedad – Lugar – Arte bajo el título *Yo soy de la isla: Más allá del trópico y el desierto* y de su exposición *Museo de la isla* en la sala de arte del Ateneo de La Laguna, celebradas respectivamente en mayo y junio de ese mismo año. En estas diferentes conversaciones, Larisa partió del pensamiento archipelágico para abrir preguntas sobre cómo situar filosófica y políticamente el imaginario insular en el contexto específico de Canarias.

El Museo de la Isla

_Larisa Pérez Flores

Simplemente nombrarlas es asunto de diaristas, hacerte un nombre para lectores que, al igual que los viajeros, elogian tanto camas como playas; pero las islas pueden solamente existir si hemos amado en ellas.

Derek Walcott

Según el escritor cubano Antonio Benítez Rojo¹, hay tres tipos de escritores/exploradores del Dorado: los que vuelven afirmando que el Dorado es imposible, los que alcanzaron su visión maravillosa por un instante y los que vuelven con la razón perdida tras haber estado allí, pues la visión se ha quedado impresa en su ser. Yo soy de las terceras. Perdí literalmente la cabeza tras haber estado en las islas del Caribe, una suerte de “Dorado insular”. Viví el espacio antillano atravesado en tal medida por el mito del paraíso, me concebí a mí misma en tal medida atravesada por el mito de la heroína –pues sólo quien tiene algo de divino puede vivir en el Edén–, que no pude sino caer y caer como Alicia por un agujero que parecía infinito. Pero sólo lo parecía. Por eso estoy aquí, escribiendo sobre las islas.

Al regreso fue que empecé a pensar quién era yo. Entonces mi propio archipiélago comenzó a desvelármese poco a poco como parte de lo que yo era. Hizo aguas la idea de que yo era un universal descubriendo una otredad poderosa en aquel Caribe traidor. Yo era también de un archipiélago, era víctima de mis coordenadas. Pero, ¿cuáles eran mis coordenadas?

1. Antonio Benítez Rojo: *La isla que se repite*, Casiopea, Barcelona, 1998.

Partir de la isla

Responder a esa pregunta me llevó a tomar “la isla” como eje de cualquier posible análisis. Nacida en la isla, naufragada en la isla, atrapada en el Atlántico. Rodeada de mar. Supuestamente afortunada. Incapaz de definir propiamente la isla.

La definición de lo “insular” trae de cabeza a la comunidad geográfica. La comunidad geográfica intenta crear consensos que permitan que la “isla” sea algo más allá de la poesía. Según la Unión Europea, la isla debe distar más que un kilómetro del continente y no puede estar conectada al mismo ni de forma natural ni por un dispositivo fijo tipo puente o túnel². Según esta definición, Inglaterra no es una isla. No se comporta como una isla. Tiene que contar con una población estable de cincuenta habitantes como mínimo. No puede albergar la capital de un estado miembro³. Porque si fuera tan poco humana, o tan demasiado humana, tampoco sería una isla.

Está claro que es en las islas pequeñas donde la insularidad cobra mayor relevancia analítica, o al menos donde ofrece menos complicaciones. Las islas pequeñas a menudo coinciden con formaciones estatales, reúnen endemismos naturales y culturales, y en ese sentido son ideales para biólogas, geógrafos o etnógrafas. Son lo que en muchas ocasiones se han denominado “laboratorios”, como Hawaii, Canarias o Galápagos. Además son utilizadas en sentido más “metafórico” por poetas, sociólogos o filósofos para dar cuenta de diferentes realidades.

Hay miles de esas islas, que según las estimaciones de Isaac Asimov en su artículo de divulgación “Las islas del mundo”, cubrirían una extensión tan grande como Australia y, lo que es más revelador, serían el hogar de un ser humano de cada diez⁴. Asimov intenta con esto combatir una visión según la cual las islas son estados de cosas excepcionales. Mi propuesta, anclada en mi propia experiencia personal, es también la de combatir tal visión tratando de restituir su papel en el tiempo y el espacio.

La isla y el océano

La isla nos conmina al mar y no pone el acento en la tierra. Sin duda tiene una atracción irresistible, con su canto de sirena que atraviesa los mares. Paradisiaca o infernal, es un espacio de densidad mitológica innegable, pero a menudo también

2. Antonio Santana Santana: *Geografía de las islas. Las Palmas de Gran Canaria*. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 2012.

3. *Ibid.*

4. Isaac Asimov: *Los lagartos terribles y otros ensayos científicos*, Alianza Editorial, Madrid, 1980, p. 92.

de densidad histórica inconmesurable. Lo primero es casi un tópico, lo segundo más bien un apunte marginal. Pues la Historia es la historia de los continentes. Las islas son como satélites de lo que en verdad es el mundo: el continente. Pero, ¿qué es el mundo sino agua? ¿Por qué no cambiar el patrón?

Hay quienes proponen voltear el mapa de sur a norte y yo, siguiendo una larga lista de intentos, propongo centrarnos en el azul inmenso de los océanos. Ese azul nos cuenta una serie de historias que nos permitirán comprender la historia los continentes. En sus aguas encontraremos las islas, pedacitos de tierra a menudo vinculados a otras islas en más o menos prolíficos archipiélagos. Pedacitos supuestamente aislados por el agua, pero en realidad conectados por ella, caldo de cultivo de trasvases imposibles. La continentalidad aparecerá, por el contrario, como caldo de cultivo del aislamiento en los pequeños lugares de su interior inmenso, como anticosmopolita en su monólogo imperial.

Como tópico obsesivo del pensamiento occidental, es despreciada y minimizada al mismo tiempo que exotizada y utopizada. Lo interesante, a mi juicio, es mostrar en qué consiste este doble movimiento e imaginar qué ocurriría si lo desmontáramos poco a poco, fabricando otra mirada hacia esas insulas fantásticas que poblamos, o mejor dicho, que nos pueblan.

Causas y razones de las islas desiertas

Desde el punto de vista de la filosofía, partir de las islas no resultaría algo controversial si no fuera porque intento hacerlo sobrepasando mitos antiguos, utopías políticas y otros tópicos legitimadores. Pero también intento hacerlo sobrepasando visiones líquidas, desencarnadas, asépticas. Y es que con las islas, tras una crítica profunda de la modernidad, ocurre lo mismo que con los cuerpos. Se llega al diagnóstico de que no son nada en sí mismos, que no son deudores de una naturaleza determinada, sino que son aquello de lo que el lenguaje les ha investido. Caen los mitos exotizantes de ecos coloniales, desaparecen los binarismos y las diferencias, del trópico pasamos a una nada que nada.

En su texto “Causas y razones de las islas desiertas”, Deleuze ejemplifica muy bien esta lectura posmoderna, trascendiendo el tópico de la “isla tropical”, y arribando a una isla más neutra, la “isla desierta”. Afirma que el hombre sólo puede vivir en una isla a condición de olvidar lo que la misma isla representa⁵. ¿Y qué representa? Lo desierto, entendido como el “antes de ser poblada”, la hoja en blanco:

5. Gilles Deleuze: “Causas y razones de las Islas desiertas”, en *La Isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas (1953-1974)* (trad. José Luis Pardo), Pre-textos, Valencia, 2005, p 16.

Soñar con las islas, ya sea con angustia o con alegría, es soñar con separarse, con estar separado, más allá de los continentes, soñar con estar solo y perdido, o bien es soñar que se retorna al principio, que se vuelve a empezar, que se recrea⁶.

Deleuze ve siempre la isla como un lugar al que se llega y no como el lugar donde se está. Como un lugar separado, pero ¿separado de qué? Deleuze piensa que esa es la mirada “del mundo”. Pero no siempre se mira “hacia las islas”. Yo miro desde la isla. Desde mi cuerpo de isleña. Si bien coincido en el papel fundamental de la mitología en la construcción de la insularidad, entiendo que se debe a esta mirada externa, continental, desde donde la isla aparece siempre como desierto a poblar. Se trata de una epistemología concreta y para nada casual.

Mi intención es negar la afirmación deleuziana sobre la isla: “Lo desierto es el océano que la rodea por doquier”. La isla no está “separada”. Fascinante es observar los viajes a través del aire y del agua y luego en las embarcaciones de todo tipo de especies, esporas, semillas, hojas, huevos, cuerpos, entrando en contacto con una tierra nueva, adaptándose o muriendo, generando endemismos insospechados irrevocablemente híbridos. Nada originario, nada puro, nada cien por cien genuino, hay en la isla.

No quiero decir que la isla no sea un espacio distinguible, ni que no tenga obstáculos. Sólo quiero señalar que desde el punto de vista androcéntrico y continental el medio terrestre ha sido más fácil, pero ni es el único punto de vista ni el medio acuático es insalvable. La tecnología se desarrolló para afrontar las diferentes barreras naturales –clima, distancias, relieve–, de las que el mar no es una excepción. Muchas especies han encontrado en el océano un medio mucho más sencillo para su dispersión. Desde los cocos a los humanos, cuyas herramientas son ya prótesis –no hay un humano puro, pretecnológico, detrás de esos mitos que recordamos–, el mar ofrece posibilidades que la tierra niega.

Yo soy de la isla

Yo nací en una isla y aunque me educaron para mirarla desde fuera es imposible extirpar la experiencia fundamental de que lo tuyo es lo tuyo y no “lo otro” y mucho menos “lo desierto”. Pensar la isla como algo distinto del continente ya contiene una visión determinada de las cosas o, dicho de otro modo, quien nace en una isla no se percibe necesariamente como isleña o isleño.

El geógrafo estadounidense Steinberg llega a sostener que la autoidentificación con algo como la “insularidad” es una invención relativamente reciente, tal vez fru-

6. *Ibid.*, p.16.

to de la imaginación de un grupo de hombres ingleses en el siglo XIX⁷. Yo creo, no obstante, que eso sería exagerar. En cierta medida la lectura de Steinberg coincide con el planteamiento moderno de la isla como lugar aislado, y por tanto del cuerpo insular como un cuerpo que siempre ha estado allí, que no tiene noción del resto, y cuyo conocimiento emana de una sola tradición. Ni es imposible ser de la isla (contra Deleuze) ni se es de la isla como una unidad aislada autosuficiente (contra Steinberg).

Y es que es difícil asegurar algo como lo que Steinberg sostiene cuando los propios cuerpos isleños viajaron, voluntaria o involuntariamente, de unas islas a otras y del continente a las islas, o sus ancestros, o recibían visitas de otros cuerpos navegantes, antes y después de la colonización. Es muy descolonial pensar que la distinción entre isla y continente es eurocentrada, pero quizá es más colonial presuponer que hasta el siglo XIX en el Caribe o en Canarias, donde el trasvase de cuerpos había sido inabarcable, nadie tenía esta concepción. El conocimiento precolonial también incluía un legado de navegaciones y “descubrimientos” que no figuran en la historia oficial, y por otra parte, teniendo en cuenta que los islarios⁸ circulaban en Europa desde el siglo XVI, no es de extrañar que desde las propias islas se elaborase un discurso impregnado de la mitología medieval y moderna en torno a ellas.

La Ilustración en Canarias fue un buen ejemplo de esto, con Viera y Clavijo como vocero fundamental, y basta para contradecir la hipótesis de Steinberg. En sus *Noticias de la historia de Canarias* (1772-1773) no solo realiza constantemente una distinción entre isla y continente, entre Canarias y el resto de continentes, sino que denomina a los canarios como “isleños” y a los aborígenes como “primitivos isleños”. Por otra parte, su intento de reconstruir la historia de Canarias como territorio específico –no como nación, pero sí como algo distinto de España y distinto del continente– tiene que ver con la recuperación del legado literario antiguo, mediterráneo, en torno a la insularidad. Una legitimación de la grandeza de Canarias por medio de su cualidad insular como objeto mítico por excelencia.

La modernidad europea impregnó las islas, que elaboraron su propia visión de sí mismas –nunca perdieron la agencia, nunca fueron “sólo” musas. Esta lectura moderna era, obviamente, una lectura continental que se desplegaba y se resistía al mismo tiempo desde la isla. Una lectura poscontinental⁹, como la que aquí propon-

7. Michelle Stephens: “What is an island? Caribbean studies and the Contemporary Visual Artist”, en *Caribbean Journal of Criticism* 17, Duke University Press, Durham, 2013, p. 41.

8. “Islario” es un término castellano para designar un mapa que muestra las islas de un océano o de un continente o incluso de una nación.

9. Nelson Maldonado Torres: “Frantz Fanon: filosofía poscontinental y cosmopolitismo descolonial”, en *De la Teoría Crítica a una crítica plural de la modernidad* (coord. Oliver Koslarek), Editorial Biblos, Buenos

go, bebería de estas resistencias, de este pensar “desde la isla”, superando binarismos heredados de todo tipo como razón-sin razón, hombre-mujer, blanco-negro, moderno-primitivo, etc.

La otredad, lo primitivo o lo femenino, todas ideas de las que el propio Deleuze no consigue desafectar a la isla, son equivalentes de “lo natural”. Una lectura poscontinental conecta con un cuestionamiento profundo de arraigadas categorías del conocimiento, en el sentido de que todos los binarios que atraviesan la visión colonial parecen estar subordinados a la división “hombre-naturaleza”. Hablar desde la isla implica restituir una idea de naturaleza más allá del binarismo moderno, lo que quizá implique crear un nuevo término o reivindicar, si es posible, la fusión definitiva de lo natural y lo artificial.

La isla y el cuerpo

La insularidad, llegadas a este punto, se presenta como algo más que una condición geográfica. El océano aparece, no como un principio de segregación, sino de conexión apabullante. Sin atender al papel de los océanos no se puede entender el pasado. Sin entender el pasado no se puede entender el presente. ¿Cómo dar cuenta de la conformación de cualquier sociedad del Caribe o la Macaronesia sin esta incorporación espacial que es el Océano Atlántico?

Lo hemos oído hasta la saciedad, pero quizás no hemos prestado la suficiente atención: si las Antillas fueron un campo de experimentación para América, Canarias fue un campo de experimentación para las Antillas. Las islas Canarias servían, por ejemplo, como escala de aclimatación para plantas, animales y personas¹⁰, por eso el término de “laboratorio”. Muchos colonizadores de África y América pasaron temporadas en Canarias como transición al clima ecuatorial o tropical. Muchas frutas antillanas tuvieron su aclimatación en jardines de Canarias. Los cuerpos esclavos, sin embargo, no tuvieron aclimatación.

Esta visión intercontinental alumbra zonas muy oscuras de la historia y habilita otro tipo de análisis del presente. Yo prefiero llamarla “transoceánica” para no saltarnos el mar, una vez más, sino hacerlo presente, con sus naves que lo atraviesan y sus naufragos anónimos. Bebe de una tradición de pensamiento fundamentalmente transatlántico que se reprodujo históricamente en diversos discursos anticoloniales y poscoloniales. Esta tradición fue desplegándose hasta el punto de que la

Aires, 2007.

10. Germán Pérez Santana: “Canarias y Antillas como campos de experimentación atlántica”, en *Los otros diálogos atlánticos* (ed. Juan Manuel García-Ramos), Fundación Canaria Mapfre Guanarteme, Las Palmas de Gran Canaria, 2013.

identidad empezó a concebirse de otra manera. Primero, restituyendo sus facciones silenciadas –indígena, africana, asiática–; segundo, modificando la visión misma de lo que es la identidad, esto es, habilitando nociones más flexibles, complejas y diaspóricas.

Estas nuevas nociones, descoloniales si se quiere, cuestionan las lecturas identitarias basadas en la etnia o la nación¹¹, y reivindican los elementos sincréticos¹² y criollizantes¹³ de la identidad. En este sentido, cuestionan la lectura moderna de lo humano señalando el papel mistificador de la herencia colonial, al que contraponen una diversidad inasible, e incluso una cierta idea de opacidad¹⁴. Estos conceptos –así como los autores que los reivindican– están asociados fuertemente al Caribe y reclaman “una identidad cultural bifurcada, siempre proyectada entre un acá y un allá –galaxia, rizoma, manglar, anfibio–, y una matriz socioeconómica anclada en el *blackhole* de la plantación”¹⁵, matriz de las sociedades criollas.

La isla, en lo que concierne también a la identidad, aparece tanto como una apertura como una precariedad. Como cualquier identidad periférica ofrece la posibilidad epistémica que alumbra la vulnerabilidad. Partir de su orilla ofrece, si no una garantía, un marco más adecuado para dialogar con el espacio y la historia.

Canarias, debido a su posición nebulosa, huérfana de continente, sólo tiene que mirarse en el espejo de otras islas para poder hablar. Lo mismo ocurre con las identidades subalternas de la nación: se reconfiguran más allá de sus muros, reconociendo los reflejos de su propia opresión en lugares lejanos. Partir de la isla, y del propio cuerpo, abre la puerta a una conversación descolonizante de hondo calado en el marco de un “metarchipiélago” de lugares pequeños, oscuros, femeninos, anómalos.

La isla y el museo, por ejemplo

A finales de 2018 acudí a una conferencia en el Salón de Actos del Museo de la Naturaleza y el Hombre de Santa Cruz de Tenerife titulada “El plato fuerte del museo caníbal: el Museo de Etnografía de Neuchâtel y la museología de la ruptura”. La conferencia, impartida por Marc-Olivier Gonseth, versaba sobre la multitud de estrategias en “museología crítica” que durante su trayectoria había ensayado este exdirector de museo. Las distintas estrategias tenían que ver con deconstruir el es-

11. Paul Gilroy: *The Black Atlantic Modernity and Double Consciousness*, Verso, Londres, 1993.

12. Antonio Benítez Rojo: *La isla que se repite*, Casiopea, Barcelona, 1998.

13. Édouard Glissant: *Poétique de la relation*, Editions Galimard, Paris, 1990.

14. Édouard Glissant: *Traité du Tout-Monde, Poétique IV*, Editions Galimard, Paris, 1997.

15. Antonio Benítez Rojo: *op. cit.*, p. 387.

pacio museístico cuestionando lo que es “museificable” y lo que no, y parodiando el propio proceso de creación de verdad de los museos.

Las estrategias eran todas muy interesantes, y cumplían sin duda su función, pero dejaban abierto un interrogante que, décadas después de la irrupción de los cuestionamientos pos-modernos, a mí se me hacía fundamental: ¿debe el museo conformarse con su misión crítico-paródica?

Esa pregunta no deja de preocuparme en la medida en que aplica para el resto de instituciones generadoras de conocimiento, incluida la artística. De alguna manera ya llevamos muchas décadas de deconstrucción de cualquier versión naturalizante de la realidad, evidenciando que todo está compuesto de relatos. La crítica de la modernidad ha llevado a un cuestionamiento de un modelo de sujeto y de realidad basados en la “universalidad” o la “racionalidad”. Aparte de esto, los grandes relatos sobre el mundo o lo humano, además de míticos, han sido señalados como pilares de una modernidad opresora. Se hilan a partir de una dominación, tanto de la naturaleza y el resto de especies, como del ser humano con respecto de sí –razón frente a sentimiento.

El *logos* se revela entonces como una ficción más, por lo demás violenta. El mito como algo que no ha muerto, sino que se recrea y se reproduce en todas nuestras muestras de cultura que, como dijera Walter Benjamin, son al mismo tiempo documentos de barbarie. En este sentido, una pregunta clave de nuestro tiempo es sin duda: ¿Cómo responder a esta mistificación generalizada? ¿Cabe algo más que la denuncia de la mistificación? Y, si es así, ¿qué es lo que podemos edificar?

Más allá del trópico y del desierto

La pregunta en otros términos sería: ¿cómo hablar de lo insular tras la desmitificación? Desde una opción más posmoderna aparece la isla, no como paraíso, sino como hoja en blanco en la que inscribir significados. Lo mismo ocurre con la identidad. El cuerpo, al tratarse de una ficción, parece poder ser escrito de infinitas formas. Pero yo creo que una reedifica y reescribe como puede, más que como quiere. *Can the subaltern speak?*, se preguntó un día Gayatri Spivak, y aún no hemos encontrado respuesta. Lo único seguro es que lo que no se nombra no existe, y en este sentido “la nada” es a menudo presumible por quienes ya cuentan y por quienes ya hablan.

Al mismo tiempo la “isla desierta” que sustituye a la “isla tropical” no es imparcial, sino que constituye una ficción concreta, una ficción continental. ¿Se puede ir más allá de ambas? Yo creo que sí, creo que se puede hablar de una isla sub-tropical o semidesértica, y que este archipiélago es una buena oportunidad para imaginar

relatos pos-continenciales. Mi objetivo es mostrar que se puede hablar de una isla, y de una identidad, que trascienda categorías estrechas y que asuma como una forma de resistencia, y no de claudicación, su carácter ficcional.

Yo nací en una isla, y aunque me educaron para mirarla desde fuera, es imposible extirpar la experiencia fundamental de que lo tuyo es lo tuyo y no “lo otro”, y mucho menos “lo desierto”. Aunque sea una ficción. Toda reescritura que pueda hacer va a partir de mi cuerpo, de mi piel, de mi historia y de mis restos.

El sub-museo, o semimuseo

Llegadas a este punto, es clara mi reivindicación de edificar nuevos relatos, de manera descolonizada o desmodernizada si se quiere, frente a la mera deconstrucción. Reclamo que esta reedificación debe hacerse desde los propios espacios y cuerpos mitificados, necesariamente. Yo he decidido hablar, por ejemplo, desde mi cuerpo y desde mi archipiélago de origen, es ahí desde donde deconstruyo y construyo al mismo tiempo.

Ahora bien, ¿en qué se traduce esto para la institución museo? ¿Existe la posibilidad de un sub-museo o un semi-museo? ¿Qué consecuencias tendría aplicar la hipótesis de que se puede reconstruir más allá de los binarios coloniales a una institución que lleva inscrita en el pórtico la palabra “HEGEMONÍA”? ¿Estamos hablando de una restitución descolonial o de su definitiva defunción?

Esta pregunta se convirtió en el punto de partida de una estancia de investigación en SOLAR (Sociedad-Acción-Lugar-Arte), un espacio de investigación y creación artísticas que había nacido en gran medida como reacción a las limitaciones del espacio museístico y los centros de arte institucionales. La estancia se convirtió en todo un reto intelectual: aplicar mis reflexiones en torno a la descolonización del conocimiento a una institución concreta, intentando trascender la mera visión deconstructiva. Devino, además, un reto personal: regresar a mi ciudad natal, descendiendo a capas más profundas de la isla y de mí misma.

Para intentar responder la pregunta planteada con motivo de la charla en el Museo de la Naturaleza y el Hombre, no se me ocurrió nada mejor que hablar sobre museos, leer sobre museos y, al mismo tiempo, visitar museos. Mi trabajo precedente, centrado en las islas y sus cuerpos, fue el punto de partida para esa investigación sobre una posibilidad. No sólo por el planteamiento epistémico que sugieren, descolonial si se quiere, sino porque son categorías de estudio interesantes. Se trata de ver (1) cómo se construyen las identidades insulares en estos espacios, (2) en qué medida es pertinente deconstruirlas y (3) si sería posible reconstruirlas de otra manera.

También recorrí semi-museos, espacios que no habían adquirido el estatus institucional requerido. En todos tropecé con todo tipo de violencias. Encontré un museo de la Naturaleza y el Hombre que cambió su nombre por el de Museo de la Naturaleza y la Antropología, pero cambió sólo su nombre. Un Museo de Bellas Artes donde el colonizado jugaba a ser colono. Una Casa del Carnaval muda, sin etnografía ni ironía. Un Museo de los Alzados que nadie conocía, donde se contaba una pequeña historia. Y así.

¿Cómo trascender el relato exotizado, la arquitectura impenetrable, la colección expoliadora, la vitrina gélida, la epistemología masculinizante, el objeto aniquilador, y tantas otras violencias que permean las paredes el museo? La posibilidad de un museo descolonizado es una posibilidad que no estimaba desde un lugar neutro o universal, sino desde mi propio lugar de enunciación. Desde mi propio cuerpo y mi propia isla.

Más allá del ingenuo relato de un museo sin trazas de hegemonía, pero también del ingenuo relato de un museo cuya defunción nos libra de violencias, apareció entonces la posibilidad de un “Museo de la Isla”. Inspirada en una crítica de la razón continental, la propuesta nacía incómoda y equívoca, con más interrogantes que respuestas, en la línea de un anti-museo, o de un semi-museo, o de un museo-imposible, donde el objeto no desaparecía sino que era reapropiado desde una lógica menos violenta.

El Museo de la Isla

Llegadas a este punto, la isla se revela epistémicamente relevante, antes que por su misterio, por su relación permanente y sus coordenadas más concretas. La relationalidad incommensurable que conecta todas las orillas no muestra únicamente a una isla *a la que se llega y con la que sueña*, sino sobre todo a una isla *en la que se nace y de la que se sale*, expandiendo influencias.

Hastada de deconstrucción, me dediqué a imaginar la posibilidad de un museo inspirado en esta noción de insularidad y de relacionalidad. El reto era imaginar un espacio no sólo de reflexión, sino de autorrepresentación, que no nos condenara para siempre, pero que tampoco nos diluyera en las infinitas aguas del océano, lo que no sería sino otra forma de condena. Un espacio donde la violencia no desaparecía, sino que era aceptada con una suerte de resignación. Un espacio donde no se ocultaban los privilegios y limitaciones a los que conminaba el propio espacio expositivo y su ubicación. Y sobre todo, un espacio de conversación que esperaba impregnar arquitecturas, dispositivos y taxonomías.

De estos anhelos nació la idea de hacer un simulacro en el Ateneo de La Laguna, a modo de ensayo vivo donde continuar la discusión. Con la colaboración de

voces canarias vinculadas al mundo del arte, el activismo, y/o la Academia, se fue tejiendo una reflexión sobre el espacio a partir de cartografías posibles y postales violentas; una reflexión sobre el tiempo a partir de memorias aisladas en relatos de viajes o cementerios; una reflexión sobre el movimiento a partir de ritmos que viajan y mujeres que vuelan. Todo acabó siendo, al mismo tiempo, una reflexión sobre la identidad, palabra prohibida e inevitable, anclada en poderosos fetiches.

El Museo de la Isla, abierto mientras escribo estas líneas, invita a sus visitantes a traer objetos que pasan a formar parte de su colección efímera: (1) un objeto que represente “canariedad” y (2) un souvenir de cualquier viaje. Se trata de confrontar fetiches que atraviesan nuestra intimidad y que nos hablan de identidad, recreando a su vez dos dimensiones de la isla, la colonizada y la colonizante, de límites difusos.

El simulacro es un recorrido irregular sin un orden pre-establecido, donde el relato situado no desaparece sino que se recrea a partir de retales ocultos, superando dicotomías heredadas. Combinar magia y ciencia, escritura y oralidad, intimidad y política, colección y disolución, claridad e indefinición, y tantos otros, es su objetivo.

Los relatos del museo se articulan a partir de diversos reflejos en espejos que hay que desempolvar. Su misión no es inventar, y mucho menos descubrir: se trata de desempolvar y poner en relación. Nos habla de una isla de coordenadas concretas, habitada por cuerpos concretos que entran en conversación. Una isla sin ningún tipo de esencia ancestral más que su apertura al mar. Una isla que niega cualquier alteridad inmanente y a cualquier tipo de congénita marginalidad. Pero una isla concreta, en la que se odia y la que se ama, más allá del desierto y la tropicalidad.

Un afán sencillo, y a la vez incómodo

Como una declaración de intenciones, el Museo de la Isla se pliega a las palabras de Derek Walcott, que escribe desde la pequeña Santa Lucía, desde la isla: “Como el clima/ busca su estilo, busco yo hacer versos/ crespos como la arena, claros como la luz,/ fríos como la ola que se riza, sencillos,/ como un vaso de agua de la isla”. Ni una copa lustrosa, ni un cristal hecho añicos: el Museo de la Isla aspira a ser precisamente un vaso de agua, conminándonos a hacer versos a su altura.

El Museo de la Isla se concibe al mismo tiempo como la exploración de una tentativa incómoda, la escenificación de viejas tensiones y la continuación de diálogos encarnados. No se trata de hacer una parodia sino de un experimento. De darle forma a un *afán incómodo*, como dicen Raimond Chaves y Gilda Mantilla¹⁶, con toda la seriedad de un simulacro de incendio. En este sentido, recrea de manera modesta

16. Raimond Chaves y Gilda Mantilla: “Un afán incómodo”, en *Trabajo de Base. La imagen es un tigre de papel*, TEA Tenerife Espacio de las Artes, Santa Cruz de Tenerife, 2018.

una posibilidad muy seria. Al cruzar el umbral, como al oír sonar la alarma de incendios, aparece la pregunta: ¿y si esta vez fuera real?

Esta pregunta es una invitación a imaginar muchas otras posibilidades desde un punto de partida con claras limitaciones: la sala de exposiciones. La sala es sólo un contenedor posible, y sin duda con muchas desventajas: tiene paredes, dentro no se come ni se duerme, lleva a la expectativa de encontrar ARTE. Pese a estar guiado por la idea de un museo nómada, social, trans –transdisciplinar, transoceánico, transfeminista...–, el simulacro preserva inevitablemente algunas de las más viejas violencias de la institución.

Algunas de estas violencias son evitables y otras responden a una “preservación consciente”. La utopía que guía al museo, por definición inalcanzable, es la de poner varios lenguajes en interacción, de los más artísticos a los más científicos, sin negar la violencia que llevan implícita pero sin renunciar a su potencia. El Museo de la Isla entiende que para hablar, de alguna manera, siempre hay que matar.

En este sentido, este sub-museo no renuncia al objeto, ni a la cartela, ni siquiera a la categoría, pero estos elementos se relacionan de otro modo, trasvasando límites, acumulándose en un contra-archivo y resistiendo a diversas formas de expolio. Los contenidos están orientados, como no podría ser de otra manera, por minorías críticas que amplían y complejizan tradicionales nociones de la opresión, poniéndola en estrecha relación con la identidad. En este sentido, se nutre de lo periférico para reivindicar su centralidad; niega toda pureza identitaria, pero reivindica el derecho a la máscara.

Al mismo tiempo, el futuro de este museo es devenir Casa de la Isla: un espacio de intimidades compartidas ausente de las lógicas neoliberales y neocoloniales del estado-nación. Pero reivindica como un escalón necesario apropiar en cierta medida las lógicas de los grandes espacios de producción de significados, tales como la escuela o la universidad, para seguir avanzando. Esto implica museificar lo que el museo denosta y pasa por escribir “Museo” en alguna suerte de pórtico, aunque caigan todas las paredes.

El Museo de la Isla no renuncia a todo didactismo, pero tampoco al misterio. Tiene la voluntad de ser un museo inteligible porque es un museo manchado de afecto, aunque no siempre es de fácil digestión. Se reivindica como un museo sencillo, más allá de todo paternalismo, pero también del intelectualismo. Y aspira a no dejar de ser precario pues se nutre con sólo unos cuantos relatos sentidos, contados por objetos amados, que a su vez se puedan tocar.